

## FRANCISCA LÓPEZ. UNA BEATA VALENCIANA EN LA *GUÍA ESPIRITUAL* DE MIGUEL MOLINOS

*Francisco Pons Fuster*

Dijo el Señor, a la venerable madre Francisca López, Valenciana, beata del tercer orden de San Francisco, tres cosas de mucha luz sobre el recogimiento interior: la primera, que más aprovechaba al alma un cuarto de hora de oración con recogimiento de los sentidos y potencias y con resignación y humildad, que cinco días de ejercicios penales, de cilicios, disciplinas, ayunos, y dormir en tablas; porque todo esto es afligir el cuerpo, y con el recogimiento se purifica el alma.

La segunda, que más le agrada a Su Magestad el darle el ánima en quieta y devota oración una hora, que el ir a grandes peregrinaciones y romerías; porque en la oración aprovecha a sí y aquéllos por quien ora, es de grande regalo a Dios y merece gran peso de la gloria; y en la peregrinación de ordinario se distrae el alma y derrama el sentido, enflaqueciéndose la virtud, sin otros peligros.

La tercera, que la oración continua era tener siempre entregado el corazón a Dios, y para ser un alma interior había de caminar más con el afecto de la voluntad que con fatiga del entendimiento. Todo se halla en su vida. (Tomo 2 de la crónica de San Juan Bautista, religiosos Franciscos Descalzos, fol. 687.)<sup>1</sup>

**H**AY que adelantarse a decir que ésta es la única cita que sobre Francisca López figura en la *Guía Espiritual* de Miguel Molinos. No acontece, en cambio, lo mismo con el autor del libro que Molinos cita. Su autor, el franciscano descalzo Antonio Panes, mantuvo una relación con Miguel Molinos que está todavía por perfilar si fue de índole personal o si, simplemente, se circunscribió al ámbito intelectual.<sup>2</sup>

Entre los papeles históricos revisados en la Biblioteca Apostólica del Vaticano, Robres encontró una dedicatoria autógrafa del libro de Antonio Panes, *Escala Mística y Estímulo de Amor Divino* (Valencia, 1675): “Para el Dor. Molynos”, que él insinuó podía ser del propio autor,<sup>3</sup> pero que, co-tejando fechas de publicación del libro y muerte de Panes, seguramente hay

<sup>1</sup> Miguel Molinos, *Guía Espiritual*, ed. a cargo de J. I. Tellechea Idígoras, Madrid, 1975, p. 171.

<sup>2</sup> Sobre esta relación, vid. F. Pons Fuster, *Místicos, Beatas y Alumbrados*, Valencia, 1991, pp. 225-246.

<sup>3</sup> R. Robres Lluch, “En torno a Miguel Molinos y los orígenes de su doctrina. Aspectos de la piedad barroca en Valencia”, *Anthologica Annua*, 18 (1971), p. 424.

que atribuir a algún amigo valenciano de Molinos.<sup>4</sup> Tampoco habría que descartar la hipótesis de que el libro se lo regalara a Molinos fray Juan de Santa María, Ministro Provincial de la Provincia de San Pedro de Alcántara, del Reino de Nápoles, franciscano descalzo como Antonio Panes, y a quien parece le compete el mérito de la publicación de la *Guía Espiritual* de Molinos.<sup>5</sup>

Sea cual fuere la relación que mantuvieran Antonio Panes y Miguel Molinos, lo cierto es que el gran místico aragonés recurrió en otras obras suyas al apoyo bibliográfico de Panes, tanto de la *Escala Mística y Estímulo de Amor Divino*, como de la *Chronica...*<sup>6</sup> Así lo hace en la *Defensa de la Contemplación*<sup>7</sup> y también en otra obra de Molinos, más breve, como es el *Scioglimento ad alcune obiettoni fatte contra il libro della Guida Spirituale*.<sup>8</sup> Sin embargo, ninguna otra vez utilizó Molinos el ejemplo de la beata Francisca López para ilustrar alguna parte de su doctrina.

Que figuren relacionados los nombres de la beata Francisca López, de Antonio Panes y de Miguel Molinos resulta poco extraño después de las últimas investigaciones históricas que se han llevado a cabo.<sup>9</sup> Por otra parte, es ya de todos conocida la vinculación a Valencia del místico aragonés, que residió aquí desde 1646 hasta 1662, desempeñando el cargo de beneficiado en la iglesia de San Andrés y manteniendo estrechos contactos con la congregación de la Escuela de Cristo de Valencia. Vínculos y contactos que continuó manteniendo después de su marcha a Roma, aunque es muy difícil precisar el tenor, al menos espiritual, de los mismos.<sup>10</sup>

Mayores dificultades entraña averiguar si Miguel Molinos llegó a conocer personalmente a la beata Francisca López. En 1646, cuando Molinos arribó a Valencia, contaba con 18 años de edad. Ese mismo año, Francisca López era una anciana venerable que tenía ya 76 años. Es verdad que gozaba de un gran prestigio espiritual en toda Valencia, sobre todo, entre los franciscanos descalzos, entre los jesuitas, entre los cartujos y entre algunos

<sup>4</sup> Pons Fuster, *Místicos...*, pp. 225-246. Sobre el tema de Molinos y su relación con Panes, estamos preparando una biografía de Antonio Panes donde analizamos en profundidad esta cuestión.

<sup>5</sup> Molinos, *Guía...*, pp. 87-92.

<sup>6</sup> Antonio Panes, *Escala mística y Estímulo de amor divino*, Valencia, Isabel Juan Vila-grasa, 1675; *Chronica de la provincia de S. Juan Bautista de religiosos menores de la regular observancia de nuestro padre seráfico S. Francisco...*, Valencia, 1665-1666, 2 vols.

<sup>7</sup> Miguel Molinos, *Defensa de la contemplación*, ed. a cargo de Eulogio Pacho, Madrid, 1988.

<sup>8</sup> Miguel Molinos, *Scioglimento ad alcune obiettoni fatte contra il libro della Guida Spirituale*. Esta obra de Molinos puede verse a continuación de la ed. de la *Defensa de la Contemplación* llevada a cabo por Eulogio Pacho, pp. 281-300. También en Tellechea Idígoras, *Moliniana*, Madrid, 1987, pp. 193-225.

<sup>9</sup> Pons Fuster, *Místicos...*, pp. 225-246; Robres Lluch, *En torno a...*, pp. 393-423.

<sup>10</sup> *Ibid.*

clérigos. Cabe pues la posibilidad que Molinos pudiera llegar a conocerla, aunque resulta más probable pensar, que fuera a lo largo de su formación espiritual cuando Molinos tuviera conocimiento de la fama espiritual de la beata Francisca López, a la que muchos en Valencia consideraban su Maestra espiritual.

#### ALGUNOS DATOS BIOGRÁFICOS

Francisca López (Llopis en valenciano) nació en Alcoy el 24 de mayo de 1570, “de honestos padres, no ricos, según la estimación del siglo, pero en la verdad muy dichosos, pues merecieron tener tal hija”.<sup>11</sup> Era la menor de cinco hermanos, cuatro hermanas y un hermano. Y su destino, como remarca su hagiógrafo, parecía predestinado desde su nacimiento. Nació el día del Corpus, “cono anunciando, y dando principio a las innumerables, y singularísimas misericordias, que en aquel inefable misterio avía después por toda la vida de comunicarla”.

Los padres de Francisca López se trasladaron a Valencia cuando ella contaba cuatro o cinco años de edad. En Valencia discurrió toda su vida, hasta su muerte el 18 de mayo de 1650, a la avanzada edad de 80 años.

Desde muy niña, Francisca dio muestras de su precocidad en las cosas de espíritu, no sintiendo interés alguno cuando su madre quiso ponerla a servir en casa ajena. Esto la entristeció sobremanera, pues creía que solamente serviría para apartarla del camino de perfección que estaba dispuesta a emprender.

Cuando cumplió 18 años, sucedió algo fundamental en la vida de Francisca que marcó decisivamente su futuro. Pasando por la iglesia de San Juan del Mercado y entrando a hacer oración en una de las capillas, “sintió en lo interior una súbita, y soberana luz, tan clara, y más, que la del medio día, de la qual su alma fue arrebatada, y llevada de un buelo ante el Consistorio de la Santísima Trinidad, de adonde aquella claridad descendía; y en ella descubrió la presencia de Nuestro Señor Jesu Christo glorioso, el qual la admitió por su esposa, e hizo singulares mercedes”. Entonces fue cuando tomó la decisión de hacer voto de virginidad, después de serle mostrada “una misteriosa escalera de los pasos, y discurso de toda su vida, y las misericordias, que en ella le avía de comunicar”. A partir de ese momento, despreció las cosas criadas, no tuvo afecto de alguna “ni vivía al mundo más que en la apariencia, porque su verdadera vida era donde estava el tesoro, que avía robado su corazón”.<sup>12</sup>

<sup>11</sup> Panes, *Chronica...*, II, fol. 694.

<sup>12</sup> *Ibid.*, fol. 695.

Entre 1588 y 1612, Francisca López frecuentó la iglesia del Colegio de San Pablo de los jesuitas y la casa de algún clérigo valenciano significado por su vida espiritual, donde se reunía con algunas otras mujeres. En este tiempo, sus maestros espirituales eran los jesuitas Gerónimo Mur y Miguel Fuentes.<sup>13</sup>

La primera formación espiritual que recibió Francisca López fue, pues, de origen jesuita. Una formación jesuítica, en unos momentos en que la propia Compañía de Jesús no acababa de tener totalmente perfilada su espiritualidad, pero cuando ya desde la cabeza de la orden se dictaban medidas encaminadas hacia una homogeneización espiritual de la que iba a quedar fuera la primitiva inspiración que la espiritualidad del recogimiento había tenido en la Compañía de Jesús.

Aquellos primeros ejemplos de espiritualidad que fueron Francisco de Borja, el P. Andrés Oviedo, Antonio Cordeses, el lego franciscano Juan Tejada y el mismo Miguel Fuentes, tanto en Valencia como en el primitivo Colegio que la Compañía tenía en Gandía, no satisfacían a los rectores de la Orden, que pretendían un tipo de espiritualidad más próximo a los *Ejercicios* de Ignacio de Loyola y cada vez más alejado del origen franciscano de la espiritualidad de los primeros jesuitas.<sup>14</sup>

Sin embargo, Francisca López todavía pudo conocer esta primitiva filiación espiritual franciscana que inspiró a los primeros jesuitas por medio del magisterio de Miguel Fuentes, quien, según el biógrafo de la beata, fue su confesor durante 14 años. Una sencilla anécdota recogida por el biógrafo de Francisca servirá para ilustrar el tenor de la relación espiritual que ambos mantuvieron.

Este Venerable Varón hacía tal aprecio de la esposa de Jesu Christo, que quando ella le comunicava las misericordias, que de Dios recebia, en el confessorario, se hincava de rodillas por la parte de dentro, porque le parecía que por la boca de aquella virgen hablava el Espíritu Santo: y teniendo otra hija espiritual, que se llamava sor Catalina Fuentes, muy sierva de Dios, y que murió con grande opinión, a quien confessó, y trató siete años, aviendo después andado otros siete con deseo de hablar a la Madre Francisca solía dezir, que le avía sucedido lo que a Iacob, que los siete años que trató a sor Catalina, la avía tenido por la hermosa Raquel mas después que trató a Francisca, conoció, que la otra en su comparación era Lía. Escribió este Padre la dulce niñez desta virgen, y los regalados favores, que el Señor en ella la hizo, de que a él le alcanzó gran parte.<sup>15</sup>

En esta etapa de su vida que se prolonga desde 1588 hasta 1612, Francisca combina su relación con los jesuitas del Colegio de San Pablo, que

<sup>13</sup> *Ibid.*, fol. 687.

<sup>14</sup> F. Pons Fuster, *La espiritualidad valenciana: el iluminismo en los siglos XVI y XVII*, Tesis doctoral, Valencia, 1988, pp. 128-141.

<sup>15</sup> Panes, *Crónica...*, II, fol. 687.

son sus maestros espirituales, con el trato frecuente de algún clérigo, sobre todo de Mosén Juan Pérez, en cuya casa se criaba Francisco Jerónimo Simón, con quien Francisca mantuvo una relación de amistad que se prolongó hasta la muerte de Simón en 1612.

La relación mantenida por Francisca López con Francisco Jerónimo Simón acabará siendo una de las más conflictivas de la historia de la espiritualidad valenciana del siglo XVII. Nada de esto hubiera sucedido de no recaer sobre Simón una hipotética santidad. Pero el intento de llevar a los altares al clérigo y la oposición a su santidad por parte de los dominicos y de otros sectores valencianos cernió negras sombras sobre la relación de Francisca con Simón, sombras alimentadas por los dominicos que encontraron así una forma fácil de desprestigiar la figura de Simón.<sup>16</sup>

Francisca conoció a Simón en casa de mosén Juan Pérez. Ella acudía a esta casa porque allí, tal vez, se recogían algunas mujeres para recibir adoctrinamiento espiritual. Francisca conoció a Francisco Jerónimo Simón cuando éste contaba 8 años de edad. Desde entonces, según el propio testimonio de la beata, se mantuvo una estrecha relación entre ambos que perduró hasta la muerte de Simón en 1612. De dicha relación hay que resaltar que el clérigo tenía a la beata como "maestra espiritual" y que la dejó heredera universal de todos sus bienes.<sup>17</sup>

Imaginar a Francisca López con 42 años de edad, guiando espiritualmente a Francisco Jerónimo Simón, clérigo beneficiado en San Andrés, de 33 años, no dejaba de dar soporte a los testimonios contrarios a esta relación que posteriormente se vertirían, por mucha santidad que ambos manifestaran en sus vidas, y a pesar de que ya en esta época Francisca hubiera hecho a Dios votos de pobreza, castidad y obediencia. Algo podía paliar esta atípica relación el que Francisca recibiera el hábito de Beata franciscana el 31 de enero de 1612, y que el 14 de mayo del mismo año, dispensada en gran parte "del tiempo de provación (según las constituciones de la provancia) para professar, atento a la gran calificación del sujeto hizo profesión de la tercera Regla de penitencia de nuestra Seráfica Orden".<sup>18</sup>

Podrían argüirse multitud de testimonios contrarios a las especiales circunstancias que concurren en la relación entre Francisca López y Francisco Jerónimo Simón. Los coetáneos, enemigos de la pretendida santidad del clérigo, utilizaron el recurso fácil del desprestigio sexual. Los acusaron de haber dormido juntos, aunque algo habría en la propia personalidad de

<sup>16</sup> Una visión amplia y contrapuesta de la historia de la beatificación de Francisco Jerónimo Simón puede verse en: J. Fuster, *Poetas, moriscos i capellans*, Valencia, 1962, pp. 162-172; R. Robres Lluch, *En torno a...*, pp. 353-465, y "Pasión religiosa y literatura secreta en la Valencia de Miguel Molinos (1612-1625)", *Anthologica Anua*, 26-27 (1980), pp. 281-406; Pons Fuster, *Místicos...*, pp. 49-96, y *La espiritualidad valenciana...*, pp. 213-285.

<sup>17</sup> AHN, Inquisición, leg. 3.701, núm. 1, fol. 146.

<sup>18</sup> Panes, *Crónica...*, II, fol. 724.

Francisca López como para que no se adentraran excesivamente por este camino.

En toda la enrevesada historia de la supuesta santidad de Simón, Francisca López tuvo un protagonismo escaso. Pese a ser considerada maestra espiritual del clérigo, ella no participó en las fiestas que en Valencia se celebraron para honrar a su hijo espiritual, se mantuvo alejada buscando el refugio seguro de alguna oscura capilla.

Si Francisca López hubiera querido participar de esa tipología de Beata, tan propia del siglo XVII hispano, que buscaba en la fama del mundo la realización de su propio "ego" femenino a través de una supuesta santidad espiritual, lo tenía todo a su favor simplemente dejándose llevar por el correr de los acontecimientos históricos acaecidos en Valencia después de la muerte de su ahijado espiritual. Pero la espiritualidad de Francisca, que después tendremos oportunidad de desentrañar, no busca el éxito y la fama mundana. Ella, desde su propia condición de mujer urbana y dedicada a la espiritualidad, argumentos ya fáciles para buscar su desprestigio social, lo que pretende es continuar su camino de perfección, como algo que ella ha elegido libremente y en lo que ha comprometido su propia realización individual.

Francisca podía considerarse capacitada para ser maestra espiritual. Había transcurrido muchos años formándose con otros maestros espirituales. Pero, ella nunca se nombra a sí misma maestra, son otros los que le dan este apelativo. Francisca se aleja muy poco de la tipología corriente de beata. No creemos que participe en esa tendencia antropológica que ve a las beatas como "hembras socialmente humildes pero apasionadas, [que] quieren subir al carro del tiempo hispano y dramatizar valores heroicos".<sup>19</sup>

Es posible que exista una tendencia historiográfica que pretenda en exceso dramatizar el siglo XVII hispano. A fuer de resaltar las peculiaridades extremadas, se ha acabado por desvirtuar la realidad histórica, haciendo de lo que no dejan de ser peculiaridades, auténticas categorías sociales generalizadas. Se ha acentuado tanto lo clásico del siglo XVI y el carácter ilustrado del siglo XVIII, que parece era necesario un siglo XVII profundo, donde el carácter hispano se dramatizara hasta lo inverosímil. Sin duda, a ello coadyuvó sobremedida la realidad de la decadencia hispana. Sin embargo, el supuesto dramatismo del siglo XVII hispano que encuentra su fundamentación fácil en la proliferación de lo que se apellidan santeros, beatas y otros especímenes más o menos raros, se diferencia poco del resto de los países de Europa. Un análisis comparativo detallado de las mentalidades sociales en los diferentes estados europeos, quizás ayudara a comprender mejor esto.<sup>20</sup>

<sup>19</sup> C. Lisón Tolosana, *Demonios y exorcismos en los siglos de oro*, Madrid, 1990, p. 42.

<sup>20</sup> Un acercamiento a la realidad de otros estados europeos puede verse en: L. Kolakowski, *Cristianos sin Iglesia. La conciencia religiosa y el vínculo confesional en el siglo XVII*,

Hemos dejado a Francisca López lamentando la muerte de su ahijado espiritual Francisco Jerónimo Simón, después de haber adoptado la decisión de hacerse beata de la tercera orden de San Francisco. Francisca vive estos momentos con gran amargura, muchas personas de autoridad tienen sus cosas espirituales "por ilusiones, sueños y quimeras", algunos llegan a poner "dolo, y manca en su honestidad", pero ella recibe el respaldo de sus nuevos compañeros.<sup>21</sup> Incluso, un jesuita, el P. Miguel Julián, que todavía no ha acabado de asimilar el que Francisca les haya abandonado —según parece los jesuitas habían sacado ya licencia para enterrarla en su casa—, dirá: "Si supiese Francisca lo que en su favor la Compañía ha escrito, defendiendo los hombres más insignes della su inocencia, y seguridad de su espíritu, la causaría grande confusión".<sup>22</sup>

Hace algún tiempo que ha dejado ya a los jesuitas, ahora, sin que exista un motivo justificado para el cambio, van a ser los franciscanos descalzos del convento de San Juan de la Ribera de Valencia quienes guíen sus pasos por el camino espiritual. Fray Antonio Sobrino, el más polémico y original místico valenciano del siglo XVII, será ahora su confesor y guía espiritual.<sup>23</sup>

De nuevo, la relación entre Sobrino y Francisca López dará pie a nuevas acusaciones en una Valencia dramáticamente bipolarizada entre partidarios y émulos del clérigo Simón. La relación entre ambos, que fue siempre muy fluida, debió iniciarse en torno a 1607 y prosiguió, con algunas intermitencias derivadas de las circunstancias vitales de Sobrino —fue desterrado de Valencia dos veces por la Inquisición y después fue nombrado predicador real—, hasta la muerte de éste en 1626.

Sobrino, tal como había comenzado a hacer Miguel Fuentes, y como lo continuarán haciendo el resto de confesores de la beata, irá escribiendo sus revelaciones espirituales. Un tomo de los tres que escribió, con su excelente caligrafía, todavía se conserva hoy.<sup>24</sup>

Después, fallecido ya Sobrino, otros franciscanos descalzos se encargarán de la vida espiritual de Francisca López. Por entonces, su magisterio espiritual será reconocido por muchos en Valencia. Su biógrafo cita innumerables ejemplos entre personajes pertenecientes a diferentes órdenes.<sup>25</sup> Sin

Madrid 1983; Norman Cohn, *En pos del milenio. Revolucionarios milenaristas y anarquistas místicos de la Edad Media*, Madrid, 1989. Una visión más general, en este caso sobre las mujeres, en Bonnie S. Anderson-Judith P. Zinsser, *Historia de las mujeres: Una Historia propia*, Madrid, 1991, 2 vols.

<sup>21</sup> Panes, *Crónica...*, II, fol. 727.

<sup>22</sup> *Ibid.*, fol. 687.

<sup>23</sup> Sobre la vida y la espiritualidad de Antonio Sobrino, vid. Pons Fuster, *Místicos...*, pp. 97-141.

<sup>24</sup> Uno de estos tomos se conserva en el Archivo de la Casa Provincial de los franciscanos en Valencia.

<sup>25</sup> Panes, *Crónica...*, II, fols. 686-693.

embargo, buscando más afinidades de espiritualidad que simpatías personales, serán los franciscanos descalzos, algunos cartujos de Porta Coeli y ciertos clérigos vinculados al Oratorio de San Felipe Neri de Valencia quienes más destaquen por el reconocimiento explícito que hacen del magisterio espiritual de la beata.<sup>26</sup> A muchos de ellos se dirigirá Francisca llamándoles “sus hijitos”; cuando esto sucede, ella es ya una anciana venerable.

El miércoles 18 de mayo de 1650, a la avanzada edad de 80 años, murió Francisca López. Al día siguiente, a las seis de la tarde (el Arzobispo no quiso que se dilatara más su entierro para que no volvieran a producirse los acontecimientos sucedidos después de la muerte de Francisco Jerónimo Simón) fue enterrada en el Convento de San Juan de la Ribera de Valencia, en presencia de los principales señores de la ciudad y de una gran multitud de gente.<sup>27</sup>

El único retrato postrero que de Francisca López se tiene será esbozado por su biógrafo: “Fue el natural de la Venerable Madre muy apto, y dispuesto para asiento de la santidad. Era de entendimiento claro, y prudente juyzio, no inclinado a curiosidades impertinentes: y aunque tenía una sencillez columbina, que qualquiera, a la primera vista, se la conocía en la cara, junto con eso era muy cortés y discreta, de ánimo generoso despreciador de todo lo caduco; humilde, pero no abatida; de gran mansedumbre, apazibilidad, y dulçura; de admirable modestia, y composición exterior; muy callada, y sufrida: opuesta a todo lo que es vanidad, artificio, y ficción: amicissima de la verdad, del recogimiento, y retiro: de trato afable, y condición piadosa”.<sup>28</sup>

#### EL UNIVERSO ESPIRITUAL DE FRANCISCA LÓPEZ

La espiritualidad de Francisca López se aleja bastante de lo que la historiografía se ha encargado de significar como espiritualidad-tipo de beata española del siglo XVII. En Francisca encontramos muy poco de dramatización vital como medio de acceso a la significación social a través de la espiritualidad. En su mundo espiritual no figuran las penitencias extremas, ni los prolongados ayunos, ni los éxtasis y arrobos en lugares de concurrencia pública, etc. Vive su espiritualidad de forma muy íntima, siempre atenta a las revelaciones espirituales que se le comunican, aunque no por esto se aleja de la forma común de acceso al camino espiritual.

<sup>26</sup> Sobre las relaciones de Francisca López con los cartujos de Porta-Coeli, vid. Robres, *En torno a...*, pp. 394-402.

<sup>27</sup> Panes, *Crónica...*, II, fols. 792-793.

<sup>28</sup> *Ibid.*, fols. 694-695.

Antonio Sobrino, su confesor, en escritos recogidos por Antonio Panes, cuando tiene que hablar de la espiritualidad de Francisca parece como si las palabras no le bastaran para explicarla.

Muchas ánimas benditas, y santas conocemos los que aora vivimos en estos tiempos últimos tan calamitosos, y míseros. Pero para mí tengo, que una de las columnas de la Iglesia más hermosas, y fuertes, singular en toda perfección, es esta Francisca dedicada a Dios desde el bautismo, pues nunca perdió su gracia; espejo de virginidad, y de toda virtud: y en lo que es magisterio, y dechado de vida espiritual, un sacratissimo prodigio, y raro milagro, porque en ella se junta la celsitud de una gracia peregrina, llena de admirables favores, con un abismo de perpetua humildad, y desprecio de sí: una contemplación tan elevada sobre los cielos, sin ninguna apariencia exterior, ni arrobamiento: un fuego tan seráfico, y ardiente con una tan quieta serenidad, e inmovilidad de semblante. Al fin así sube continuamente en Dios, como el hilo de humo, que de toda manera de olores se levanta: así nace, y procede como la luz del Alva, hermosa como la Luna, escogida como el Sol, y terrible como el esquadron de los exércitos ordenados. Y todo eso con tal disimulación, y secreto, que aun los mismos de su casa ni sienten, ni saben lo que tienen en ella, quanto menos los demás. ¡O humildissima, y prudentissima donzella! Con cuánta razón te llama el Señor su descanso, su hartura, su refrigerio, su reyna, su esposa, su madre, su escogida, su sol, su luz, su pastora, su ángel, y su serafin.<sup>29</sup>

Adentrándonos más en el tema de la espiritualidad de Francisca López algunas sorpresas surgen de repente. Según su biógrafo, fue el ejercicio de la oración de la beata “muy diferente del que nuestro humano modo acostumbra”. Desde aquel temprano llamamiento a los 18 años siempre estuvo su espíritu “divina, y sobrenaturalmente elevado”. Es verdad que en la región inferior padecía “nublados, y tempestades”, pero en la otra región, que confina en lo celestial y divino “siempre reverberava, como en limpio cristal la soberana lumbre; y era encendida de su ardiente rayo; tirando con tal dulce fuerça las potencias del alma, que no podían casi ordinariamente dexar de inclinarse a aquel centro, con una propensión vehemente, y un suavissimo, y deleitosissimo peso”.<sup>30</sup>

Francisca López accede a la contemplación mística no por una praxis metódica de las clásicas tres vías. Ella, como esa excepción a la que aluden los místicos que a veces suele acontecer, participa de esa gracia especialísima de acceso a la contemplación; es el propio Dios quien se la infunde, aunque, como precisa su biógrafo, “para que mejor cooperasse a ella, fueron muy continuos los documentos, con que la fue instruyendo, e ilustrando”.<sup>31</sup>

Los documentos divinos a través de los cuales Francisca López va siendo instruida en la oración no son más que una mezcolanza de ense-

<sup>29</sup> *Ibid.*, fols. 691-692.

<sup>30</sup> *Ibid.*, fol. 736.

<sup>31</sup> *Ibid.*, fol. 736.

ñanzas donde se sintetizan los diferentes modelos de acceso a la contemplación.

En esos documentos, Dios le comunica aquellas palabras recogidas por Miguel Molinos, de que más le aprovecha al alma un cuarto de hora de oración mental, que cinco días de ejercicios penales... Palabras de las que se puede inferir un cierto rechazo de la ascesis –camino menos problemático que se hubiera querido reservado a los que no estaban encerrados tras los muros conventuales, y que, sin embargo, no es especialmente apreciado por Francisca López—. Ella, siguiendo su peculiar instrucción, sabe que tiene que caminar más con el afecto de la voluntad, “que con fatiga del entendimiento”, aunque cada día le sea necesario repasar las lecciones anteriores “de la humildad, desnudez, pureza, y todas las demás virtudes, y comenzar de nuevo, como sino huviesse dado ni un solo passo”.<sup>32</sup>

La sombra de un cierto quietismo, proveniente creemos de un riguroso y mal entendimiento de la espiritualidad mística, pende sobre la espiritualidad de Francisca López.

La instrucción divina cifra ahora toda la espiritual perfección en sólo cuatro cosas: entendimiento ilustrado, afecto purificado, voluntad inflamada y memoria en Dios anegada. Además, a la beata le será mostrado, primero metafóricamente, y después por medio de su propia experiencia espiritual, la importancia que la quietud y el recogimiento tienen en la oración: “y trájola la comparación de un paxarito, que del nido, donde está desea baxar al huerto, mas no baxará, en quanto sintiere, que ay ruido de gente en él; mas quando está todo el huerto solitario, y quieto, entonces baxa, y se recrea por las plantas, yervas, y aguas. Assí el Espíritu santo, para comunicarse actualmente al ánima, y recrearse en ella, quiere que esté muy solitaria, y quieta, y sin sobresalto, ni cuydado alguno”.<sup>33</sup>

En otra ocasión estando la sierva de Dios recogida en un lugar muy solitario, y quieto, díxola el Señor: Assí quiero yo al alma: y començó luego a sentir, que la gracia de la visitación divina descendía sobre toda su ánima, como una muy suave, y mansa lluvia, que duró espacio de una hora continuamente, con que el ánima se sintió saciada, y contenta, y toda empapada, y llena de Dios, y de su divina consolación. Y después de aquella blanda, y larga lluvia sintió, cómo se alçava un nublado, y se aclarava aquel cielo interior, y salía el Sol; con que todo él pareció un hermoso, y ameno jardín. Y entonces el Señor començó a dezirla muchos requiebros. Y declaró assí la significación de la lluvia, diciendo: Quando una ánima limpia, y quieta, en la oración de una larga quietud me recibe como a una lluvia mansa, y suave, que cae sobre la tierra, sin se sentir ruido, entonces medra, y crecen sus virtudes, y su gracia, y dones se aumentan; porque el riego que no es assí copioso, largo, y pacífico, poco aprovecha”.<sup>34</sup>

<sup>32</sup> *Ibid.*, fol. 736.

<sup>33</sup> *Ibid.*, fol. 737.

<sup>34</sup> *Ibid.*, fol. 737.

La cuestión de la quietud podía resultar preocupante porque, además, Francisca López no experimentava aquellos fervores, que tan habituales debían ser para algunos en la oración, hasta el punto de que ella misma pensaba que no tenía oración. Sin embargo, su intranquilidad se disipó cuando le fue mostrado que el fervor sensible no le agradaba tanto a Dios como el que brotaba de lo íntimo del corazón.

Hemos referido anteriormente que en la espiritualidad de Francisca López se da una mezcla de caminos. Se advierte esto con mayor claridad cuando, por medio de una nueva revelación espiritual, le son mostradas las cinco maneras de perderse para hallar a Dios: “La primera al mundo, y sus vanas glorias: La segunda a todas las criaturas, parientes, y amigos: La tercera assí mesma, negándose en todo: La cuarta a todo consuelo espiritual: La quinta se ha de perder en Dios; y esta última es el hallarle, y sola el alma, que se sabe perder, ésta es la que me hallará”.<sup>35</sup>

Por si quizás faltaba una mayor precisión respecto al camino espiritual seguido por Francisca López, el texto siguiente, además de mostrarnos que la única vía de acceso a la contemplación es la de la meditación de los misterios de la humanidad de Cristo, nos permite vislumbrar las diferentes experiencias que la beata vive.

Hija, el alma, que ha de llegar aquí, lo primero, que haze, es ponerse a las puertas de mi misericordia, que es la memoria de mi Cruz, y pasión, toda resignada en mi voluntad, y con deseo, y sed de que yo la junte a mí por amor: entonces poniendo yo en ella los ojos, la purifico, y clarifico con la luz de mi gracia, y esto es vestirla de mí; y assí cessa ella luego en las operaciones de sus sentidos, y potencias, quedando en aquella quietud, y silencio interior, que es necesario, para que levantada sobre sí, conozca, sienta, o vea, oyga, ame, y goze lo que mi espíritu sobrenaturalmente obrar quisiere en ella. Recogida, pues, y vestida de mí, o transformada, llévola, y éntrola muy adentro por el inmenso mar de mi divinidad, y amor; retirándola, y apartándola de toda cosa criada, quanto tú sabes: y quando tan solitaria, y apartada la tengo, abro con la llave, que ella me ha dado de su corazón, y éntrola allí conmigo en aquel tan íntimo, y solitario recogimiento, y secreto, donde fuera de mí, ningún otro entrar puede, ni Ángel, ni Santo: y éste es el centro de la misma ánima, que aún no te descubro de todo punto: porque si te lo descubriesse, no podrías vivir más en la carne: y esse centro es aquel joyel, que otras veces te he mostrado cerrado, de mi corazón, que es el tuyo; y te he dicho, que si se abriera; cielo, y tierra se llenara de su olor, y suavidad: y por tanto, quando a esse lugar has de entrar, se te ponen velos, y bendas; y assí puedes ver las cosas, que aí te comunico, y enseño: y aunque lo que destas cosas sobrenaturales percibes, es como una gota de agua en comparación del mar, esso empero, que es, de ordinario se te comunica, estando recogida dentro de ti: porque entrándote al segundo templo, que es dentro de mí, ya sabes cómo allí cessa todo lo que son imágenes, y hablas sensibles, e inteligibles, y todo lo que se percibe es muy sobreintelectual. Allí te acercas al trono, y sientes la presencia, y regalo de la Beatísima Trinidad, y lo que allí passa es casi incomprehensible, e indeclarable: y aun si yo no templas-

<sup>35</sup> *Ibid.*, fol. 737.

se, y detuviese el ímpetu del aquel fuego, y mar de luz eterna, en un instante serias desecha. Y finalmente cessando allí las revelaciones, te quedas descansando dichosamente e absorta, y anegada en mí. Hasta aquí es enseñança revelada de Nuestro Señor a su regalada discipula.<sup>36</sup>

Las revelaciones espirituales de Francisca López no sólo dejan traslucir el camino espiritual por ella seguido, sino que nos permiten adentrarnos en su compleja personalidad. En este sentido, la temprana decisión que adopta de dedicar toda su vida a Dios, viviendo en su casa y atendiendo los cotidianos menesteres domésticos, marcará decisivamente su vida, llevándola a sublimar su propia condición femenina. No es casual encontrar en sus revelaciones espirituales continuas referencias a esponsales místicos y, sobre todo, una sublimación de su propia sexualidad que, sin embargo, se descubre continuamente en el lenguaje que utiliza.

Francisca decidió sublimar su sexualidad en el mismo momento que tomó la decisión de dedicar su vida por entero a Dios. A partir de ese momento, su amor humano quedó supeditado al amor a Cristo. Un amor que tenía su plasmación concreta en las revelaciones espirituales con que la beata era favorecida y que, en muchas ocasiones, adquiriría los mismos perfiles que si del amor humano se tratara. En el fondo, pudiera ser que el amor sentido a través de las revelaciones espirituales la transportara “lejos de lo cotidiano, de lo habitual, de la rutina”, situándola aparte, “como una élite por encima de las convenciones del matrimonio y la sociedad”.<sup>37</sup>

Unas veces es Cristo, quien “dándola un tierno abraço, echóla una cadena al cuello, y dióla tres bueltas con ella: denotando como ahí el Hijo está el Padre, y el Divino espíritu...”;<sup>38</sup> otra vez, el “Señor la reclinó en su seno, y abraçó con su braço derecho”;<sup>39</sup> en otra, la beata “viósse vestida de la ropa de la sangre del Cordero, y al Divino Esposo, que con mucho amor arrimava el sagrado rostro a su pecho, comunicándole en aquella unión grande consuelo, y paz”;<sup>40</sup> “otras veces era arrebatada hasta el seno del Eterno Padre; el qual, como a su dulce hija, la regalava en él, y la dava a su amado unigénito...”.<sup>41</sup>

No siempre son palabras de Francisca las que expresan el amor que el alma y Cristo se profesan. En algunas ocasiones las palabras y los ternos requiebros de amor tienen un origen divino: “mirándola el Señor vestida con aquella ropa de caridad, complaciéndose en ella, regaladamente le

<sup>36</sup> *Ibid.*, fol. 739.

<sup>37</sup> James Amelang, “Los usos de la autobiografía: Monjas y Beatas en la Cataluña Moderna”, en *Historias y Género: Las Mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea*, Valencia, 1990, p. 100.

<sup>38</sup> Panes, *Crónica...*, II, fol. 764.

<sup>39</sup> *Ibid.*, fol. 765.

<sup>40</sup> *Ibid.*, fol. 766.

<sup>41</sup> *Ibid.*, fol. 768.

dezia los ternos requiebros, que están en los libros de los Cantares, discuriendo por todas las facciones del ánima, desde el calçado hasta los cabellos; rematando con aquellas palabras: ¡Cuán hermosa eres amiga mía, esposa! ¡Cuán hermosa eres! Pide; porque ¿qué pedirás, que yo no te conceda? Después de lo qual dixo el Señor: Pues esta mi hija ha nacido de mi corazón reciba mi leche, y reclinándola a su dulce pecho, y gustando de su suavidad, se quedó en el éxtasi del divino amor”.<sup>42</sup>

Lo sublime de la experiencia espiritual de la beata Francisca López culmina en los esponsales místicos con los que se ve favorecida. Esponsales que, obviamente, son la respuesta a su virginidad entregada.

Por esta virginal pureza dio el Señor a esta su regalada esposa muchos, y preciosos anillos en repetidos desposorios espirituales, y maravillosos, que celebró con ella, esto es, en uniones íntimas, que estrechaban con más indisoluble nudo, y prendas más firmes el vínculo del perpetuo amor...<sup>43</sup>

Esposo y esposa, amante y amado son conceptos muy comunes en el lenguaje místico, que san Juan de la Cruz elevó a límites sublimes en nuestra literatura. En la espiritualidad de Francisca López figuran con más asiduidad los conceptos de esposo y esposa, que los de amante y amado. Incluso, cuando se quiere reseñar el amor inmenso que Dios profesa al alma, ésta siempre se trueca en esposa y, sólo entonces, recibe “tan excesivas influencias de amor, que casi ya a la fragilidad de la naturaleza no le eran sufribles”.<sup>44</sup>

Francisca, en esa relación espiritual que consigue establecer, sufre también de mal de amores. Enfermedad de amor que no se circunscribe al plano espiritual, sino que la beata siente físicamente.

Sentiasse a veces esta esposa del celestial esposo muy enferma de amor, y allá en lo íntimo de su alma un género de dolor tan sabroso; que aunque dél era dulcemente afligida, no queria sino más, y más padecer. Uno destes sentimentoss, que tuvo el año de 1610, por la Pasqua del Espíritu Santo refiere el Venerable Sobrino por estas palabras: Avía (dize) los dos días antes sido grande el dolor, y martirio, que sintió en su ánima, sin poder entender, queé-dolor fuesse aquél; por no aver sentido jamás otro semejante, y así preguntóle al Señor, ¿qué dolor era aquél? Y respondióla: Hija, éstas son las penas del amor, y ella dixo: Muy grandes son essas penas para un tan flaco sujeto como el mio. No avía aquellos días casi podido comer, y todo el cuerpo sentía como quebrantado, y molido del intenso dolor del alma, y el Señor compadecido della, tomó al alma en sus divinas manos, y con mucho tiento le fue sacando una saeta de oro agudíssima, que tenía hincada por el corazón, y salió toda bañada en sangre: saliendo también por la herida una fuente de agua, luz, y leche muy abundante; a la

<sup>42</sup> *Ibid.*, fol. 774.

<sup>43</sup> *Ibid.*, fol. 761.

<sup>44</sup> *Ibid.*, fol. 775.

qual poniendo el Señor la boca, bevió con gran gusto, y deleite: y passóla el Soberano esposo a su divino pecho; del qual saliendo un río (que entendió era el divino espíritu) la fue cercando de manera, que a poco rato se halló como anegada en un inmenso amor, adonde sintiendo un descanso, y gusto, como de la gloria, se quedó reposando...<sup>45</sup>

La beata Francisca López usa de una gran libertad de lenguaje en la narración de sus revelaciones espirituales y de los elevados deleites místicos que en ellas experimenta. En cambio, su hagiógrafo, nos la muestra como una mujer extremadamente escrupulosa en todo lo referente a la salvaguarda de su castidad personal. De este modo, siendo todavía niña mostraba ya tan gran recato y amor por la castidad, "que aun el dormir con su propia madre (que siendo ya vieja se lo rogava, porque la comunicasse calor) nunca lo pudo acabar consigo, no porque temiese peligro alguno, sino por lo que representa dormir en compañía de otro, y assí durmió toda la vida a solas, sin que jamás arrostrasse, ni dicesse oído a casamiento, ni aunque en su cama se le pusiesse ropa de personas casadas, aunque fuesse de sus mismos hermanos".<sup>46</sup>

Tan excesiva escrupulosidad es llevada a los límites del ridículo cuando la misma beata le comunica a fray Diego Mazón, uno de sus hijos espirituales, "que le avía dado el Señor esta gracia, que por el olfato conocía las personas castas, y las que no lo eran, y que a vezes acercándose a algunas tocadas del vicio de la lascivia, sentía tan pestilente olor, que se veía en peligro de echar las entrañas de asco..."<sup>47</sup>

Otros matices podrían reseñarse de la particular experiencia espiritual que vive Francisca López, si bien, quizás convenga detenerse finalmente en el aspecto del reconocimiento explícito que otros hicieron de su magisterio espiritual.

El rico mundo personal de Francisca que dejan traslucir sus revelaciones espirituales no nos sería conocido si sus confesores no hubieran tenido la costumbre de escribir, a veces día a día, las experiencias místicas por ella vividas. Casi con seguridad podemos afirmar que la beata fue obligada por sus confesores a narrarles sus experiencias, pero algo interesante debieron ver éstos en ellas como para tomarse la molestia de escribirlas. Así comenzó a hacerlo el jesuita Miguel Fuentes, y su labor la prosiguieron los franciscanos descalzos Antonio Sobrino, Juan Jiménez, Diego Mazón y otros. Pero, a pesar de esto, la fama de Francisca en Valencia no hubiera sido excesiva si la beata hubiera circunscrito su papel a mera narradora de las revelaciones místicas que experimentaba.

Sin duda, el episodio de la frustrada beatificación del clérigo Simón coadyuvó a que la beata fuera conocida en Valencia. También ayudó a ello el

<sup>45</sup> *Ibid.*, fols. 775-776.

<sup>46</sup> *Ibid.*, fol. 702.

<sup>47</sup> *Ibid.*, fol. 702.

que la fama de espiritual de Francisca fuera conocida y aceptada por determinados clérigos y religiosos que ejercían un notable influjo en Valencia. Aquí habría que hacer referencia, además de los franciscanos descalzos y de algunos cartujos de Porta Coeli, a destacados miembros que posteriormente integrarían el Oratorio de San Felipe Neri y la Congregación de la Escuela de Cristo de Valencia.<sup>48</sup>

Sin embargo, teniendo todo esto su importancia, no debe perderse de vista lo más sustancial, el propio ejemplo de vida de Francisca López. Fue su circunstancia vital y su empeño decidido a proseguir su particular camino espiritual lo que más contribuyó a que su fama se divulgara por Valencia y a que su magisterio fuera reconocido.

Por otra parte, el hecho de que la espiritualidad de Francisca no se manifestara por medio de fenómenos místicos más "conflictivos" como arreos y éxtasis en público, fuertes laceraciones corporales, pretendidas curaciones y excesivos consejos a los demás contribuyó a acrecentar su fama.

La fama, o si se quiere el éxito social alcanzado por Francisca en Valencia, perceptible para nosotros por medio de algunos escritos que de ella y sobre ella se han conservado, se patentiza en el reconocimiento que otros hicieron de su magisterio espiritual. "Venerable Madre" es el apelativo más frecuente que su hagiógrafo utiliza para referirse a ella, sin desechar otros como "Doctora Mística y Maestra de espíritu".<sup>49</sup> En términos parecidos se refirieron a ella personajes tan conocidos del ambiente espiritual valenciano del siglo XVII como el Obispo de Orihuela Juan García, los doctores Barberá, Felipe Pesantes y Blas Valero, el canónigo Nauri de Segorbe, el arcediano Jacinto Amaya, etc.

Magisterio espiritual de Francisca López que perdura vivo en 1665, quince años después de su muerte, y que es reconocido por fray Raimundo Lumbier, calificador del Santo Oficio, el qual, al hacer la censura de la "Vida" del cura valenciano Juan Bautista Bertrán escrita por Juan Bautista Sorribas, después de referirse a Valencia como "taller fecundo de Santos" y mencionar a un gran número de ellos, afirma: "Para espejo de Beatas y señoras recogidas; a la venerable Madre Francisca López del Santísimo, Tercera de San Francisco".<sup>50</sup> Finalmente, magisterio espiritual de Francisca reconocido, como hemos visto, también por Miguel Molinos.

<sup>48</sup> Pons Fuster, *Místicos...*, 225-246. También F. Sánchez Castañer, *Miguel Molinos en Valencia y Roma. Nuevos datos biográficos*, Valencia, 1965.

<sup>49</sup> Panes, *Crónica...*, II, fol. 714.

<sup>50</sup> J. Bautista Sorribas, *Perfecto cura de almas, representado en la Vida, virtudes y milagros del Venerable Sacerdote Ioan Bautista Bertrán: Cura de la Villa de Alcora, en el Reyno de Valencia*, Zaragoza, Juan de Ibar, 1665, Censura s/f.

## PROYECCIÓN SOCIAL DE FRANCISCA LÓPEZ

C. Lisón Tolosana, y con él otros historiadores que se han ocupado del papel de la mujer en la sociedad española del siglo XVII, no dudan en afirmar que “la iglesia era uno de los pocos espacios públicos abierto a la mujer”, donde ésta podía llegar a realizarse.<sup>51</sup>

La realización femenina, en una sociedad como la del siglo XVII que le reservaba a la mujer como únicas alternativas el convento o el matrimonio, podía llegar a alcanzarse por medio de una vía intermedia como era el estado de beata. Porque, ser beata “es un estado como lo son, para la mujer, el matrimonio y las órdenes. Ser beata es un asunto de mujer. Un asunto de estatuto femenino”.<sup>52</sup>

Pero, ser beata es un estado nuevo y, como tal “no sólo hay que crearlo sino validarlo también”. En este sentido, “fascina observar cómo las beatas eligen para ello dos medios principales, sinécdoque uno del otro: la religiosidad y su cuerpo, la espiritualidad de la materia y la materia de la espiritualidad”.<sup>53</sup>

Por otra parte, el marco social donde se produce la beata no siempre es el mismo. La beata no es siempre urbana; hay innumerables ejemplos de beatas en el marco rural, lo que las hace semejantes unas a las otras es que casi todas canalizan sus prácticas “de acuerdo con parámetros culturales urbanos”.<sup>54</sup>

Francisca López, en ese abanico de circunstancias sociológicas reseñadas, es un ejemplo claro de beata urbana, que utiliza su estado de beata para su propia realización como mujer y que aprovecha los resquicios que la Iglesia como institución deja para su proyección social. Ella rechaza el estado de religiosa y el estado de matrimonio y adopta de manera voluntaria y decidida el estado de beata. Después, adoptado ya este estado se vale de él para, consciente o inconscientemente, alcanzar preeminencia social, superioridad, poder y, sobre todo, la plenitud de su realización individual.

La decisión de Francisca de adoptar el estado de beata es tan personal como poco comprendida en su propio entorno familiar. Su madre le recriminará esta decisión adoptada, porque no acababa de comprender su forma de vivir: “ni pares, ni crías, ni sirves marido, como tus hermanas”.<sup>55</sup>

<sup>51</sup> Lisón Tolosana, *Demonios...*, p. 43.

<sup>52</sup> Claire Guilhem, “La Inquisición y la devaluación del verbo femenino”, *Inquisición española: poder político y control social*, Madrid, 1981, p. 185.

<sup>53</sup> Lisón Tolosana, *Demonios...*, p. 43.

<sup>54</sup> J. L. Sánchez Lora, *Mujeres, conventos y formas de la religiosidad barroca*, Madrid, 1988, p. 346.

<sup>55</sup> Panes, *Crónica...*, II, fol. 725.

Ser beata y adoptar este estado de vida con todas sus consecuencias no era fácil para las mujeres. La coyuntura económica difícil del siglo XVII podía dar lugar a que algunas mujeres se refugiaron en este estado para solventar su supervivencia. Algunos casos de éstos se dieron y cierta historiografía se ha detenido en ellos para desacreditar al conjunto de mujeres que vieron en el estado de beata la posibilidad de su realización personal.

Con todo, la vida para las mujeres que adoptaron este género de vida no fue nada fácil. Muchas lo compaginaron con su trabajo personal. Otras, posiblemente las más conocidas, tuvieron más suerte y encontraron protectores que las favorecieron. Francisca López fue una de éstas. Su confesor, Miguel Fuentes, dado que “el sujeto era tan delicado, y flaco para trabajar, y el ejercicio de la oración continua la tenía, quanto a lo exterior, casi consumida, y desecha; y sino trabajava, no tenía con qué sustentarse”, le buscó un protector. Fuentes “rogó a un hijo suyo muy espiritual y devoto, Ciudadano de Valencia, llamado Ponze, que cada semana le acudiese con una limosna que vendría a ser como quarenta, o cinquenta escudos al año; y con esto vivía la sierva de Dios, y su madre, que ya era viejísima, sin tener ni solicitud, ni codicia demás averes de la tierra, ni otro humano arrimo, ni propiedad en ella”.<sup>56</sup>

Esta situación de Francisca López, que nos parece tan favorable, fue algo excepcional en la época y denota el éxito social y el reconocimiento público que la beata había alcanzado. Pero, la mayoría de beatas tuvieron graves dificultades para sobrevivir. Interesante es recordar el ejemplo de aquella beata que “su ordinaria comida eran hojas de verças o las cortezas de melón que se hallava por los muladares”, las cuales cocía en agua y las adobaba con pimienta, ajo y un poco de aceite, “y si acaso le sabía bien mezclava cantidad de ceniza, para que perudiese el sabor”.<sup>57</sup>

La proyección social y el reconocimiento público alcanzado por algunas beatas está íntimamente unido al tema de los confesores y guías espirituales. Desgraciadamente, de muy pocas beatas se tiene noticia que consiguieran por sí mismas el reconocimiento público de la sociedad en la que estaban inmersas. Francisca López lo consiguió por medio de sus confesores. Fueron Miguel Fuentes y Antonio Sobrino, a quienes la sociedad previamente les había reconocido su fama de espirituales, quienes posibilitaron el ascenso social de la beata. Después, una vez fallecido Sobrino, Francisca alcanza el cenit de su reconocimiento público; a partir de entonces, ella misma desarrolla su magisterio espiritual.

Cuestión muy compleja es la de las relaciones que llegaron a establecerse entre confesores y beatas. Amelang resalta la idea de que “la función crucial de interpretar la experiencia mística se convierte en el fondo en una

<sup>56</sup> *Ibid.*, fols. 717-718.

<sup>57</sup> *Ibid.*, fol. 414.

cuestión de autoridad religiosa". Los confesores desempeñaron un papel fundamental como guías espirituales. Ellos eran los que decidían en un primer momento validar o no las experiencias místicas de las beatas. Pero una vez tomada esta decisión, la relación que entre ambos llegaba a establecerse "no fue la de un control unidireccional, que emanaba de arriba y se recibía pasivamente abajo". En muchas ocasiones, "el lazo que unía a confesores y místicas deja entrever una relación francamente compleja", hasta el punto, que "en algunos casos es legítimo preguntarse quién exactamente dominaba a quién".<sup>58</sup>

Francisca López mantuvo estrechas relaciones con sus confesores. La beata les guardó siempre una extraordinaria fidelidad. Ellos la obligaron a que les narrara sus experiencias espirituales, que posteriormente escribieron. Cuando por determinadas circunstancias su confesor marchaba durante algún tiempo de Valencia, la beata se sentía huérfana. No tenía inconveniente en confesarse con otros, pero a éstos nunca les contaba sus revelaciones espirituales. Alguno hubo, que sintiéndose humillado por ello, la echó del confesionario, acusándola de engreída u otras cosas.

El tenor de las relaciones mantenidas por Francisca con sus confesores no es fácil de clarificar. Seguramente, con Miguel Fuentes y Antonio Sobrino existía una relación de dependencia, en la que la beata aceptaba sus consejos y, a cambio, ellos daban por buenas sus revelaciones espirituales. Lo que pudiera acontecer en el plano de la relación cotidiana resulta muy difícil de precisar.

Mejor que en las relaciones con sus confesores, es con las mantenidas por Francisca con otros personajes espirituales de Valencia, donde podemos detectar la proyección social alcanzada por la beata. Ahora es cuando surgen "varones de gran Religión" rindiéndosele como niños, rogándole les diga algo para el consuelo de sus almas y animándola a que no tema por la seguridad de su camino espiritual. Catedráticos y personas muy doctas que se sienten dichosos en "comunicarla, y tomar su parecer en cosas de espíritu" y dispuestas a dar su vida para defenderla. En suma, personajes como el arcediano Jacinto Amaya que con el trato con su madre Francisca espera salvarse, y le hace sentir unos efectos como si no pudiera pecar, "no porque no tenga libre la voluntad, sino que el Señor ha puesto una fortaleza, que es como imposible dexar de aborrecer el pecado; y es esto tanta verdad, que con ello moriré: y no puedo pensar sino en como más, y más me llegaré al Señor, y esto conozco me viene por mi Madre".<sup>59</sup>

Francisca López fue una de las pocas beatas valencianas que alcanzó una gran proyección social. Ella fue aceptada y reconocida como Maestra por un amplio grupo de espirituales valencianos. Su firme decisión de ser

beata y de alcanzar su realización individual en este estado le permitió sortear multitud de dificultades que se presentaron. Su ejemplo, que no dudó en aceptar el propio Miguel Molinos, debería servir para que los que nos ocupamos de estos temas, huyéramos de caer en fáciles descalificaciones, y utilizáramos el ejemplo de estas mujeres para acercarnos a comprender mejor el papel de la mujer en la Historia. En esta dirección parece que se está ya trabajando y por ella estamos convencidos que debe proseguirse.

<sup>58</sup> Amelang, *Los usos de la autobiografía...*, pp. 198-199.

<sup>59</sup> Panes, *Crónica...*, II, fols. 688-689.